

# El árbol de la mala sombra

Por Clotilde C. Buceta

Nepomuceno y Ladislao sudaban a mares bajo aquel sol cenicular del verano más riguroso le que tenían memoria. Sus caballos sentían también el aguijón de aquellos rayos de fuego, más la pesada carga de sus dueños, no muy obesos, pero sí en buenas carnes y macizos.

— Deseansamos? — dijo el primero al segundo.

— Bueno — asintió el otro.

Se apareon ambos; y, dejando en libertad a sus caballos, traspusieron con rapidez el alambrado del campo para ir a refugiarse a la sombra de un grueso gualeguay que parecía hundir con saña, como robustas garras en la tierra, sus potentes raíces. Y en aquellos raíces se sentaron los dos a descansar enjugándose el sudor con los pañuelos del cuello.

No tenían ganas de hablar: tenían sueño. Habían pasado la noche en el "velorio" de un muy querido amigo; lo habían acompañado esa mañana hasta su última mansión, y estaban impresionados; por esto, y por otras cosas más; los dos habían conocido aquella noche a dos chicas, con dos ojos cada una que no eran tales ojos: eran más bien lucceros.

No tenían ganas de hablar, y por eso la mirada de los dos fué a posarse en la "tapera" que a unos cincuenta pasos de ellos, quien sabe por qué milagro, seguía en pie todavía.

De pronto, Nepomuceno se levantó como asustado.

— ¿Sabés donde estamos? — preguntó; — ¿sabés que árbol es éste?

— Un gualeguay, pues, — le contestó Ladislao.

— Sí, ya sé; pero te acordás lo que contaron anoche? Este es aquel árbol.

Ladislao también dió un salto, — Estamos pisando un muerto, entonces.

— Eso no es nada: lo malo es la mala sombra. Vámonos ché.

— Tenés miedo?

— No; pero...

Ladislao sacó su facón y empezó a desgarrar a hachazos una rama del árbol.

— ¡Qué vas a hacer! — gritó su amigo con sorpresa.

— Una cruz, pues. Mala sombra tiene este árbol, ¡y de no? tanto cristiano que habrá pisado al fiado y ninguno le ha puesto una cruz.

Nepomuceno echó a correr hacia el camino. La ginebra de la noche anterior, la muerte del amigo, los ojos de la chica, el sueño, todo contribuía a tenerlo mareado, sin noción exacta de las cosas. Sintió que un temor supersticioso se adueñaba de él.

— ¡Salí de ahí! ¡No seas loco! Gritaba con una pierna sobre el alambrado y pronto a saltarlo.

Bien clavado tenía en la frente el cuento que habían confiado en

a mejor o peor vida p'allá él! lo mandó un día uno que quiso tomar desquite.

Nadie se tomó la molestia de ir muy lejos con él. Lo arrastraron hasta aquel gualeguay, y debajo de él quedó enterrado.

Pero el pobre árbol había venido a pagar lo malo que era aquel hombre; que tal vez sus raíces se nutrieron en su sangre venenosa y desde entonces su sombra, sombra funesta había sido. Era aquel el árbol de la mala sombra.

Mil desgracias le aseñaban los vecinos: bajo sus ramas mató un rayo a dos hombres una vez. Bajo ellas una vibora había mordido a otro; y desde ellas chirriaban las lechuzas a las gentes que pasaban de noche por allí, infundiéndo en cuantos las oían lugubres presentimientos de desgracias que a la corta o la larga se cumplían.

— ¡Vení o me vey! — Seguía gritando Nepomuceno.

Mientras tanto, Ladislao, con toda su calma, desgajaba una rama, la partía en dos, y ensayaba for-

## Fotograbados Tricromías. Bicromías.

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

Entrega inmediata —

**PUJOL, PREYSLER & Cia**

**CORRIENTES 1138**

**Buenos Aires**

Unión Telef. 38, Mayo 4830

para enterrarla más.

Un ruido seco estremeció a los dos. Un ruido como a huesos rotos: ruido que hizo a Nepomuceno saltar el alambrado correr como un rayo a montar en su moro, y perderse de vista a toda carrera entre la polvareda del camino.

Ladislao, consciente de que realizaba una obra buena, no pudo sentir miedo; y con tranquilidad pudo darse cuenta de que lo que había roto con la cruz, era una olla de barro. Una olla enterrada en aquel sitio, por las manos del difunto, no que hablar.

Pero no estaba hueca, la olla aquella! Llenita basta los topes de onzas de oro, que Ladislao no quiso despreciar, pues pensó que aquello era un milagro, que era que el muerto le agradecía la cruz que le iba a poner.

Y la plantó bien plantada en el lugar de la olla y ató las onzas en el pañuelo del cuello, montó en su pingo, lessinado ya, y se alejó canturreando, al trotecito del caballo, en dirección a su casa.

A nadie contó el milagro, pero como todas las gentes lo veían cada vez más rico, y como él aseguraba que su buena estrella había empezado a brillar desde que hiciera aquella buena obra de poner la cruz al muerto, fueron tantas las crueces que la gente de todo aquel contorno acudían a plantar debajo del gualeguay, que ahora es un bosque de cruces.

Pero el muerto, que sin duda se habría dado cuenta que era el vil interés lo que había movido a todos, pensaba seguramente:

— A mí con la sonrisita!  
Y el milagro no ha vuelto a repetirse.

## Nuestra madre

Con todo cariño a mi nobilísimo amigo C. Silva.

Sentid por toda madre: ¡idolatría!  
la suya ha tiempo adormeció la muerte;  
y él, que es de hierro, la recuerda, y vierte,  
dos lágrimas, dos perlas, ¡madre mía!

No es grandeza de alma, la atonía  
del corazón, cuando al dolor se advierte;  
que le quita al varón, templado y fuerte,  
las lágrimas sentidas, a su hombría?...

Si honra, respeto y reeditud da el padre,  
para un norte encontrar en la amargura:  
nace un dolor que hiera y nos taladre

el corazón, y entonces, ¿quién nos cura?  
e inunda toda el alma de ternura  
con su divino amor? quién?... ¡nuestra madre!

Fidel SOLARI

mar una cruz.

Nepomuceno estaba asombrado al verlo en aquel trabajo y a fuerza de asombrarse de ver al otro hacer una cruz, se hacia él quién.

Ahora lo veía con sus ojos: ahora se convencía de que verdaderamente era aquel el árbol de la mala sombra. Su amigo había enloquecido de repente, y a él... a él, que le iría a ocurrir?

Ladislao empezó a cavar con su facón un pozo para poder plantar la cruz; y la plantó en él; y se afirmó en ella con toda su fuerza

